

Como las hojas en otoño

José Félix Bonilla Sánchez

Esa tarde mi aburrimiento no podía ser mayor. El tedio y la pesadumbre de mis antepasados parecían caer sobre mis hombros. Quise hablar con Dios, pero no pude: no me sentí escuchado y por consiguiente mis palabras no fluyeron. Quise conocer a nuevos poetas y sus palabras nada significaron para mí, como si estuvieran completamente vacías de sentido. Parecía como si por primera vez, a lo largo de mis treinta y tres años, me supiera solo, lo cual me pareció de lo más absurdo porque a pesar de que sí haya tenido convivencia familiar, los momentos con nadie han sido mis predilectos. Pero esa tarde me sentí extraño, mi amada soledad no parecía la misma.

Pensé muchas cosas, absurdas, divertidas, para salir de mi languidez, pero mi cuerpo no estaba en sintonía con mi pensamiento y de alguna manera me decía que prefería quedarse ahí, aunque muriera de hastío. Después de todo, no ha de ser una muerte tan difícil; no sería extraño si resultaba incluso placentera. Luego vinieron las reprensiones de mi hermana: que no era posible que me quedara en mi cuarto, aburrido y acostado como todo el tiempo, en pleno día de mi cumpleaños. No es justo. Le respondí que no estaba precisamente mejor que yo, pues la pasa con sus amigas también aburrída o peleando con ellas; reconozco que no fue amable de mi parte repetirle algo que me confió en un momento de zozobra, pero el hecho de pelearla me sacaba un poco de mi estado. Salió enojada y dando un tremendo portazo que hizo estremecer a mi cuerpo entero, como si lo despertara de un profundo letargo o lo trajera de una dimensión desconocida, aunque quizá es justo adonde llegó.

No sé si fue precisamente mi hermana o algo que vino después (en realidad no sé si desde antes ya estaba, pero no me había percatado), el punto es que, por así decir, me mató. ¿Quién lo pudo imaginar, aquella joven ingenua, vanidosa, que se pasaba la vida frente al espejo (no me pregunten haciendo qué, jamás logré averiguarlo), así como yo tendido sobre la cama (tampoco me lo pregunten: saben que la vida tiene muchos misterios, así que no me reprendan por intentar, aunque de manera infructuosa, resolverlos infatigablemente por un periodo de tres décadas consecutivas), es decir, que mi hermana se convirtiera en una pieza importante para solucionar el misterio de mi vida?

Si estuviera contando una obra teatral, ese portazo sería el primer acto de los tres que sin duda el director de la vida esa tarde me hizo representar. Mi cuerpo ahora estaba despierto. No así mi alma, que parecía quedarse aturdida con la intervención de mi hermana, quien

ignoraba estar participando en esta obra. Fíjense, algo tan habitual como un portazo fue una especie de llamada de atención.

Antes de ir al «segundo acto» quiero recordar el motivo de mi aburrimiento de aquel día que puede ser un compendio de mi vida hasta un poco antes de mis actos. Resumiendo, puedo decir que mi vida carecía de sentido. Aunque hiciera cosas, obedecían a una especie de dictado, ¿de quién? No me lo pregunten porque tampoco lo sé, pero, aunque por entonces no me daba cuenta, yo era una marioneta movida por algo invisible. En pocas palabras, no sabía qué hacer con mi tiempo y mi cuerpo.

Pero vayamos al «segundo acto». Mezclemos algo de superstición en el asunto. Cuando mi hermana me dejó como bailando en la nada, pareció convocar a seres misteriosos que me llevaran al reino celestial o adonde fuera, pero que me sacaran de mi eterno letargo. Encendí la lámpara del buró, cuando la oscuridad atmosférica comenzaba recién a invadir mi cuarto; ella parecía igual de aburrida que yo de hacer siempre lo mismo. Como un relámpago resplandeció el rostro del poeta, que dejé abandonado cuando recurrí a los otros, desconocidos para mí, para ver si me mostraban algo nuevo. Retomé la lectura donde la había interrumpido. Como separador tenía un desgastado papel en el que hace tiempo apunté el nombre del filósofo Martin Heidegger, cuyo libro luego adquirí, pero no pude leer por tantas ocupaciones que tenía (un montón de cosas absurdas, dicho sea de paso). El poema que seguía, era...

Quisiera poder, tal como sucedieron, decir dos cosas a un tiempo, pretensión absurda pero no inhabitual; como eso no es posible, las diré por separado, aunque se pierda el efecto que quisiera transmitir. Así que mi «segundo acto» lo dividiré, por cuestiones didácticas, en dos incisos, que se habrán de imaginar ocurridos al mismo tiempo.

A. «El piano de Genoveva». Haciendo juego con mis emociones, el poeta refiere su carácter *llorón* y *doliente*, que me pareció como si una ominosa voz de ultratumba definiera mi estado. No sé si fue la descripción lírica del poeta, que resalta el objeto y

nos obliga, por más distraídos que nos halláramos en otro asunto, a percibirlo, como si fuera la primera vez que a nuestro sentido se presenta y viera de pronto nacer la vida, o la misteriosa coincidencia de que justo en ese momento sucediera también el segundo inciso. De pronto me quedo pensando, han de disculpar esta enfadosa digresión, qué significa la palabra «inciso» y, claro, es una especie de división; vean, qué cosa más extraña (qué bueno que mencioné la palabra superstición, para que sepan que ya estaba el asunto presente): hoy celebro, y ¡vaya que sí!, precisamente, mi cumpleaños número sesenta y seis; los que me siguen ya se dieron cuenta de que aquel día que con ustedes estoy rememorando es de mis años justo la mitad. Créanme, no lo planeé así. En fin, si no confían en mis palabras, allá ustedes, basta con que confíen en la suya. ¡Qué locas las palabras! ¿No creen? Aquí significan una cosa; allá, otra muy distinta. ¿Saben, por cierto, que Alejandro, ¡el gran Alejandro!, cuando murió su caballo nombró a una ciudad conquistada Bucefalia? Vaya, el espíritu de las palabras parece ir conquistando poco a poco el mundo entero. Pasemos pues al siguiente inciso.

B. El piano de nuestra vecina, cuyo nombre desconocía, por no haberme interesado nunca en ella, comenzó a «lamentarse» con el *Nocturno número 2 del Opus 9* de Chopin, claro que también esto lo supe después, en ese momento no necesitaba palabras para describir el arrobó que por primera vez me sacaba del mundo, el de la confusión, para elevarme al «cielo» de la confianza y la tranquilidad, al estado de no-más-prisas. Ese *Nocturno*, en una particular atmósfera (cosa que hay que tomar en cuenta, para apreciar la grandeza del acontecimiento) y en medio del frío ya casi también, como la obra, nocturno, parecía oscurecer todo lo que hasta ese momento había «vivido». Pero así de imprevisibles resultan las cosas, por lo menos, si me permiten decirlo, las importantes; si no, todo mundo estaría buscándolas: así como se acude a la librería buscando libros y a la casa de música instrumentos, correríamos en busca de *cosas importantes*. Me parecía que por primera vez tendría la

verdad entre mis manos. Suponiendo que, por alguna parte de nuestro cuerpo ha de llegarnos, ¿por qué no a través de mis dedos? Habrían de succionarla de las misteriosas y maniqueas teclas, como el campesino succiona la leche de la ubre, con el fin de alimentarse y alimentar a su familia. Así yo habría de alimentar, por primera vez, a mi despierto espíritu.

A partir de aquel día no pensé más que una cosa: presentarme ante nuestra vecina Eva (no es ese su nombre, pero cuando llegamos a entrar en confianza la bauticé con él porque, le dije, «tú mordiste la manzana para mí, a partir de entonces desapareció mi zozobra; descubriste mi destino, así que serás mi eterna Eva») y pedirle, con una petición que sonaba más a mandato, que me diera lecciones de piano. Aceptó. El primer mes nos vimos todas las tardes; ni los domingos respetábamos por la emoción que a los dos nos invadía, a ella por darme lecciones de dos horas y a mí por recibirlas e intuir que penetraba en un mundo completamente nuevo. Me pareció que mi vida había sido un sueño y ahora, con las teclas frente a mí, despertaba. Las puertas del destino se abrieron, en esas tardes en que parecía que Eva y yo hubiéramos intimado toda la vida; como si mis dedos hubieran estado esperando todo el tiempo la sensación de tocar esas teclas y no quisieran desprenderse ya de su *Arcaño* (tomo esta palabra del poeta, como algo secreto que había estado, sin embargo, accesible). En ese mes revisamos escalas, acordes, tiempos, *notas*, cosas que, hasta las primeras horas de la tarde, no conocía, y me había medio manejado con ese desconocimiento. Ese medio vivir es precisamente lo que murió esa tarde, la más inolvidable que hasta hoy he tenido.

Con esas *notas* pude apreciar algo más allá de la música y el teatro. Puede considerarse como el «tercer acto» de aquella tarde y el primero de mi vida. A riesgo de sonar absurdo puedo decir: toqué la vida por primera vez; así, uno ya no quiere voltear atrás. El aburrimiento, por intenso que fuera, deja de tener sentido. No es el Paraíso del glorioso Dante pero es, simple y sencillamente, tanto como

es esta cosa cuando se la puede ver directamente a los ojos o sentir palpitar a través de los dedos o alguna otra parte del cuerpo: mi vida. Este sentido de apropiación jamás lo sentí con esa intensidad. No importa si en cualquier momento deja de ser mía, pues cuando suceda, ninguna cosa sentiré perdida, ninguna cosa sentiré. Por lo pronto, nada siento más que las notas al salir de mi piano; sí, pude adquirir uno, pues qué cosa no hubiera sido capaz de hacer por conseguir aquello que me conduce a la vida. Además, también mi familia, aunque los primeros días no me bajaban de loco (y claro, pues jamás había tocado ni hecho la menor alusión a la música, o dirigido una palabra, ni siquiera un saludo, a mi vecina) se unieron a la causa cuando notaron que, por primera vez, luego de treinta y tres años absurdos, algo tomaba con seriedad. Mi «Sí», a partir de aquella tarde, lo sería incluso sin juramento, como aconseja la palabra de Dios en su testimonio bíblico; porque hay otros, desde luego, pero ahí se siente su presencia de manera especial —si aprendemos a sentir presencias—.

Pero ya estoy cansado de oírme, ahora quiero escucharlos a ustedes, al fin que la invitación a esta conferencia, a la que desde luego les agradezco su gentil asistencia, señalaba con toda claridad un intervalo de preguntas. Así que, dejen su timidez a un lado, quienes la tengan, del mismo modo que un día dejé mi aburrimiento, gracias a lo cual, entre muchas otras cosas por las cuales no me canso de agradecer al arquitecto de nuestro mundo, que por cierto sigue cambiando, recreándose, aquello de los siete días no se lo tomen muy en serio, es tan solo un decir; lo que sí deben tomarse muy en serio es, lo repito por quienes estén dormidos o despistados: su vida; cuando digo «su», cada quien debe decirse «mi», con lo cual no me refiero a una nota musical, sino a las cosas que se pueden, acaso por primera ocasión, notar (se trata de algo «notable»). Decía que gracias a que dejé mi aburrimiento y tomé la música nos encontramos reunidos hoy; podría resaltar, incluso: gracias al aburrimiento. Así que, si alguien de ustedes ya se aburría, no se preocupe, algo bueno puede venir, esperarles o dejar de hacerlo en el minuto siguiente, ahí, junto a

su casa, al alcance de su mano. Ven cómo les invito a que hablen y no les paso micrófono (espero que comprendan que hay un «micrófono» todo el tiempo encendido, para que hagan oír su voz). Ahora sí, me callo, porque mi vecina de aquí enfrente parece que quiere decir algo.

—Sí, gracias. A propósito de vecinas, desde que la mencionó tengo la curiosidad: ¿Tuvo usted algo que ver con ella en otro sentido?

Veo que les causa gracia su pregunta. Pues lamentablemente decepcionarles, pero no. Cuando hablé de tomar en serio la vida hablé de tomar en serio la vida, precisamente. Tenemos la costumbre de relacionar muchas cosas con lo sexual; pero no, aunque desde luego forma parte de la vida, la seriedad no tiene que llegarnos necesariamente por ahí. Un piano, como en otros casos un libro, un jardín o, lo que sea, no necesita venir «envuelto» en un cuerpo con el cual relacionarnos de manera genital. No, cuando tal *Arcano*, cuando tal *como quieran llamarlo* (pero atención: llámenlo de manera que pueda escuchar o, en todo caso, pongan atención para que lo escuchen ustedes), toca nuestra puerta puede venir completamente solo, y si le tomamos con la dignidad que se merece, no necesita ser el preámbulo de algo más. La vida en sí a veces la consideramos preámbulo, por eso nos quedamos esperando sin arriesgarnos por una cosa. Mencioné a Dante, pues bien, su Beatriz no tuvo que ser de carne y hueso para que le acompañara en su divino ascenso; la Fuensanta de López Velarde, con los rasgos de nostalgia con que la reviste, no tiene que haber existido, puede ser anhelo por lo que todavía no es y puede llegar a ser. Así que, sépanlo de una vez, el placer sexual no es el único que se puede tener; si logran entregarse a otra cosa, el que les espera no será desdeñable. No es un acto que crea vida biológica, cierto, pero sí otra forma de existir o, si lo prefieren, acaba con la precedente: una de las maneras más claras de pensar la creación.

—¿Considera ser el mejor pianista del país o del estado?

Podría pedirle concretar su pregunta, pero no, en cualquiera de los dos casos la respuesta es que no lo sé ni me interesa en modo alguno averiguar-

lo. Lo que puedo responder es que me gusta tocar. Cuando lo hago, me parece que la vida tiene sentido; cuando percibo esta sintonía le doy valor a nuestro mundo y a quien hizo su diseño. Al hacer música, espero que no se tape los oídos, arrepentido, en caso de que alguna vez me pueda escuchar, quien le dio vida (¿pueden ustedes imaginar la primera melodía?) Tanto sentido ha cobrado para mí que incluso sin estar tocando, como ahora, me sorprende haciendo algo que, como la primera vez, me arrebató el aburrimiento. Espero que también a ustedes o que, si no es así —aunque si soy honesto, si tal fuera el caso no comprendo el sentido de su permanencia—, logren encontrar su destino, para que no se vean obligados a escuchar conferencias aburridas.

—¿Qué pasaría si de pronto ya no pudiera tocar?

Lo sentiría por ustedes, porque me dedicaría exclusivamente a impartir conferencias. No, no se rían, o háganlo si eso les hace felices. La verdad no sé qué pasaría y tampoco me preocupa. Tal vez me aburriera de nuevo y de nuevo coincidan, como en un milagro, la presencia inusitada de algo, un sonido, una imagen, una frase o lo que sea, con el título de algún otro poema; acaso retome la lectura donde la llevo. No sé cuál siga: *El viejo pozo*, *El sueño de los guantes...* Como sea, la vida me podría coque-tear de nuevo. O acaso me decida por fin a leer *Ser y tiempo*. No sé, pero habiendo conocido la Vida, les aseguro que no me conformaría con alguna imitación. Si me llego a ocupar en algo, que no sea por distracción, por mientras, porque como lo han de suponer, mientras la vida escaparía escurriéndose a través de mis dedos, en lugar de sentirla palpar cuando se acercan estos a las teclas, negras o blancas, graves o agudas; en cualquiera, cuando es el momento propicio, puedo sentir el misterio de la vida con un éxtasis que recorre todo mi cuerpo. Eso: no me interesa el éxito, sino el éxtasis que me invade.

Podría pasar toda la tarde y la noche hablándoles pero reconozco que no están obligados a compartir mis aficiones. Así que si no tienen más preguntas quisiera ir a mi estudio para tocar —de

seguro enfadé a mi Eva por tantas veces que le pedí que lo hiciera ella— el *Nocturno* de Chopin. No sé si por haberme despertado a la vida, pero le tengo un afecto especial, así como al poema *El piano de Genova*. ¿Qué fue lo más importante? No lo sé. Acaso su misteriosa sintonía, con la participación de mi hermana que, recuerden, había dejado aturrido al que antes fui, con la colaboración también de mi vecina que, vean, es ella, parece que quiere decir algo.

—Sí, muchas gracias, don modesto. Con todo y su modestia quiero preguntarle, ¿cómo ha llegado a ser un músico internacional?

Dado que me lo pregunta Eva voy a suponer que la conferencia recién inicia y seguiré aburriéndolos unos minutos más, a pesar de reconocer que pocas cosas hay tan importantes como nuestro tiempo, adelantándome un poco a la respuesta. A partir de mi determinación, nada más ocupó mi pensamiento y, junto con él, todas mis acciones. Es como si acabara de nacer y no pudiera realizar ninguna otra cosa. Dije que mi hermana «me mató» (disculpen que sea tan reiterativo, creo que la participación inesperada de mi maestra me puso nervioso), lo hizo junto con el poema de López Velarde y el *Nocturno* que al mismo tiempo escuché—no menosprecien esta coincidencia de acontecimientos—, junto con el hecho de haberles prestado atención, de haberles recibido como una suerte de mensaje divino. En efecto, mis dudas anteriores desaparecieron. Se me reveló, por primera vez, la inminencia de mi vida-muerte: no podía distraerme más con una y otra cosa. El piano me mató-despertó. Ya no sería más quien había sido: un joven aburrido con todo el tiempo a su disposición pues, cuando así se piensa, uno puede ahorrarse decisiones, «hacer» todas las cosas, lo que hace por ejemplo el tío, lo que hizo el abuelo, el padre, la prima, etcétera, y desde luego que ocupando nuestro tiempo en etcéteras no se consigue nada.

Me refiero entonces a un acto supremo, sin consecuencias ni remordimiento por lo que pueda estar perdiendo. Más allá de todo bien y todo mal. Como atendiendo a un destino ineludible. Como si el primer soñador o soplador del viento (ese mismo

que hace caer las hojas en otoño) o del espíritu vital, viniera de pronto a decirme: hazlo. Como si no me importara que justo en ese momento un rayo misterioso (o un virus esparciéndose por todas las venas de mi ser) terminara con mi vida.

—¿Cómo influyó en usted el poeta Ramón López Velarde y, en ese sentido, por qué no se convirtió en poeta?

Su cercanía me ayudó a concebir la *posibilidad*, su decisión me recordó que podía, también—saben que a veces olvidamos algo tan elemental—, decidir. No sucumbió a la provocación del etcétera, lo cual favoreció mi determinación. ¿Qué quiere decir esto, no sucumbir a la provocación del etcétera? Intentaré, aunque sé que no es empresa fácil, explicarme. A veces ocurre que queramos hacer mil cosas, como si entre más cantidad fuera mejor. Pues bien, nuestro poeta me mostró que podemos no sucumbir a esa provocación y apostarle a una sola carta, una que consideremos valiosa y cuyo valor no radica solo en la suerte, sino también en el trabajo que podemos hacer con la pluma, los dedos, la mente. Tal vez en mi caso influyó la coincidencia del poeta, el músico y Eva; su presencia común pudo revelar mi presencia singular.

—A ver, a ver, a mí me parece, con todo respeto, que usted está cayendo en un montón de tonterías y lugares comunes.

No, no se preocupen. Tiene usted razón, le agradezco su honestidad. A la vida verdadera no se puede acceder sin honestidad, así que gracias por recordarme su importancia, en estos tiempos (y no sé si también en los de Alejandro, de Chopin y de López Velarde) es muy fácil olvidarla. Pues bien, la revelación de la que les hablo no podía llegar sino de lo común: mi vecina que llevaba años tocando, pero ese día por fin la *escuché*; ese libro que tenía mucho tiempo abandonado en mi buró, ese día, no me habló, me gritó para que atendiera; los pleitos con mi hermana que por cierto eran también habituales, provocaron su portazo y este propició mi despertar. Estaba dormido, como usted bien lo capta, en el sentido común y si no despertamos de sueño tan acogedor, ¿saben lo que ocurre? Bueno, acaso lo mismo que sucede todos los días. Yo des-

perté y es un acontecimiento que marcó el rumbo de mi existencia. Puede considerarse una tontería pero es lo que tenemos; además, de lo más absurdo puede surgir algo sublime.

Ahora que llegamos a esto (el «llegamos» es importante, se da por el entorno: ustedes no sabían lo que yo diría, así como yo desconocía sus preguntas), me parece que hay aquí gato encerrado, sigamos recurriendo a lugares comunes de donde puede surgir lo nuevo; liberemos al gato, mejor aún, a nuestro destino, poca cosa tal vez, pero si la trabajamos, y es lo que me impulsó a planear esta conferencia, lo podemos exaltar. Chopin, desde luego que no nació tocando piano, ni López Velarde con lápiz en la mano; en algún momento, por comentarios de pasada o cualquier otra frivolidad cada quien exaltó su objeto, poco a poco, sin prisa, pues lo que verdaderamente importa se proyecta más allá del tiempo, como si se tratara de un acto infinito; su grandeza no se ve opacada por ningún reloj. ¿Qué cosa es el tiempo para el poeta cuando crea o corrige sus mejores versos, o para el músico cuando capta sus mejores notas? Una cosa por demás absurda. ¿Ven cómo la cosa más grande puede terminar siendo también la más cotidiana? Así que no desdeñen lo que tienen a su alcance.

Quiero terminar con un sueño que anoche me despertó, pensando en esta conferencia. No estaba convencido de compartirlo con ustedes, pero considero que ya entramos en confianza —y cuando esta se aparece, créanlo, las expectativas cambian—. Como título del sueño consideren «Cómo cambiar una vida». No necesito recordarles que no soy poeta y, por cierto, ¿por qué no lo soy? Retomando una pregunta que quedó pendiente: no lo sé, creo que realmente no *elegí* la música; no puedo decir que ella me eligió a mí porque sería un decir absurdo, pues la música no tiene conciencia; así que, por mucho que lo quisiera, no puedo decir a qué se debe que sea músico. No soy poeta, pero las palabras, como si tuvieran vida propia, se adueñaron de mí, me despertaron y demandaron una página de mi cuaderno pautado:

Lo primero que hay que hacer
Es
Jugar a ser
—jugarnos el ser.

Lo propongo con el entusiasmo del Año Nuevo, como siempre prometedor, ávido de proyectos. No quiero esperar mi jubilación para por fin hacer lo que amo, prefiero el júbilo de hacerlo a partir de ya. En el sueño también está la vida, esa que por extraña y absurda que se muestra en las imágenes oníricas no hemos corrido a buscar. Con la misma ingenuidad con que podemos considerar a tales fantasmas, López Velarde podría vernos y decir: «Miren, quieren hacer aquello que les dé dinero y fama, desdeñando la única cosa esencial».

—Pero, ¿qué tiene que ver eso con el hecho de cambiar una vida?

Bueno, ¿es que no me van a dejar ir a mi *Nocturno*? En fin, como ya quiero concluir, lo diré pronto y un poco a lo tarugo —han de saber que así es como se han dicho cosas fundamentales de nuestro mundo, pero como luego las cubre un halo de logicismo y otro tanto de misterio, parecen algo grandioso—. Una vida no se quiere cambiar por haberse llegado a valorar o idealizar así como está, aunque se haya tornado en extremo aburrida o sin sentido. Si hay algo en la suya que consideran «inconcebible», nada más por eso: vayan, verán que solo es una palabra que, como un cerrojo, ha llegado a cancelar todo un mundo de posibilidades. Para darme a entender mejor, dígame, usted que planteó la última pregunta (por cierto, pongan atención, acabo de decir la última, así que nadie piense ya en otra), y recordando la reciente alusión a la honestidad, ¿qué le gustaría cambiar de su vida?

—Todo.

No, eso no me dice nada. *Juéguese*, esta es una forma muy apropiada de comprenderlo, *el ser*, ese que ha llegado a venerar en extremo pero que a la vez no le resulta grato, sino que lo conserva más por un asunto de nostalgia. Arriésguese a decir una cosa. Vaya que el sueño que les compartí aún está esperando el sentido que podamos darle, el sentido que le daré considerando sus preguntas y demás participaciones. Lo más honesto que pueden llegar

a recibir de mí es lo que aún está en proceso: precisamente lo que seré después de conversar con ustedes. Honestidad no es una persona cansada y aburrida que podemos encontrar todo el tiempo en el mismo lugar.

No tengan miedo cambiar su vida, si les resulta desagradable. No tengan miedo si en alguna de las próximas tardes se desconocen frente al espejo: no tienen que guardarle fidelidad eterna. Es el *ser* a que habrán de decidirse prenderle fuego (encenderlo) si lo consideran pertinente. En este momento, por ejemplo, ¿qué sonidos les llegan? De muy a lo lejos percibo una música, ¿la oyen? Claro, ella dice que sí, qué bueno, gracias, me ha salvado usted.

Sientan el entorno, acérquense a él, aprópiense de su misterio. Vean cómo todo en él dice, de variadas maneras, con sinfín de notas que a cada momento podemos percibir: «cambio». ¿No es verdad? Seamos como las hojas en otoño. Mientras van volando movidas por el soplo divino (como las orugas cuando les crecen esas ominosas alas), acaso se sienten eternas (y acaso lo son, aunque con diferentes caracteres). No tengan miedo arriesgar su pequeña fase de humanidad. Acaso podrán despertarse como de un sueño y sorprenderse con su nueva naturaleza.

Nuestro crítico de hace un momento podría, con razón, preguntar de qué trató la conferencia. No importa. *Soy* músico cuando estoy frente al piano, lector cuando estoy frente a esas otras hojas transformadas por el poeta, pero aquí, compartiendo con ustedes este momento, soy como una hoja diminuta que va cayendo pero que no sabe cuándo tocará la tierra. Las hojas no tienen ojos, así que no ven cuando están a punto de caer. Si queremos también sentir la vida en su plenitud, hagamos aquello que nos permite cerrar los ojos a cualquier dolor o sufrimiento. Y ya, me callo, para que podamos percibir el misterio de la vida con el alma: esa cosa extraña que no tiene ojos, ni oídos o cualquier otro sentido, ni cadenas, ni edad alguna. Así es, no «mi», ni «las», porque solo es una, *el* alma: por eso es eterna.

Abril de 2021